

ra penetrar en la psicología del "mayor" Santander, contaba, en días pasados, en conferencia dictada en el Municipal de esta ciudad, con ese modo suyo de decir las cosas, que en Medellín se había asociado, con muy buenos resultados, con un viejo usurero de la ciudad, panzudo, de leontina atravesada sobre el chaleco, que no daba dinero en préstamo sobre calzones raídos o sin raer sino sobre prendas de viuda rica, por el espacio de dos meses, como socio activo.

Pero por más que quiera permanecer prendido a su tierra y a sus hombres, González salió ya de los linderos departamentales y patrios, pues su nombre ha sido dicho, varias veces, con admiración y respeto, ultra-patria y a ultra-mar, por quienes consagran en literatura, filosofía y arte.

III—El método

Fernando González es el hombre torturado por el método. Lucas Ochoa es un desdoblamiento maravilloso de su personalidad multánime. Para concebir y parir al Libertador, "pataleador", enamorado genial, guerrero y loco, a ese su Libertador, con quien conversa a diario, discute, se obsesiona y trata de poseer, de "concienciarlo", de penetrarlo, de hacerse el propio Libertador, que unas veces escribe proclamas guerreras, otras, cartas a Fanny de Villars, aquí redacta una constitución, allá gana una batalla, desterrado hoy, mañana vencedor, iluminado y grandioso en Pativilca y en su delirio sobre el Chimborazo, profético en su carta de Jamaica, triste e inmortal en su retiro obligado y mortuorio de Santa Marta.

Abandonado el papel de Libertador toma el de Simón Rodríguez, el maestro andariego, trashumante, revolucionario, intranquilo, el de los métodos realistas, concedor profundo de los enciclopedistas franceses y de la cultura europea, el que defendió la pubertad del Libertador sobre el regazo caliente y sano de una esclava negra; el que instruyó al discípulo amado sobre el libro abierto de la naturaleza, viendo parir a las yeguas, cohabitar a los animales, caminando por doquiera, hasta cansarse, bañándose desnudos en los arroyos cristalinos aledaños a Caracas y a las propiedades de la familia Bolívar, recibiendo el sol, fortaleciendo el espíritu, venciendo el tiempo, educándose para la libertad grandiosa.

Curioso es oír a González el relato de la manera como pone en práctica su método realista. Me obsesionó una vez la idea—cuenta con gracia—de saber por qué un mulato alto movía de cierta manera no natural su mano derecha. Lo seguí, lo seguí muchas veces, interesado por resolver el problema de esa su "embolia"; al fin dí con la clave, concluye; debió suceder que alguno de sus ascendientes, incauto, fue sorprendido detrás de un vallado ejecutando cireto acto muy humano, el acto fue suspendido apresuradamente, y esa le explicación del movimiento desordenado de la

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

mano del mulato que no oscila como las del hombre normal, a la manera de péndulo.

Entre el método de inducción y el de deducción, prefiere el primero. Para ridiculizar al segundo ha inventado su original teoría de los "vicios solitarios", que consisten en todo empleo de energía fuera de realidad, valiéndose para ello de la imaginación solamente. Los vicios solitarios no sólo se realizan dentro del campo de la fisiología sino en el plano espiritual; así, dice, un ley, una constitución, expedida por nuestros congresistas no es otra cosa que un "vicio solitario". Los vicios solitarios—concluye—son la causa de nuestra degeneración y de las revoluciones.

Fernando González es el hombre que se busca a sí propio—continuamente—al través de los actos y personajes más diversos; es un obsesionado de la perfección espiritual; es un formador de la propia personalidad por los medios al parecer más extraños y raros; es un hombre que gusta andar sin vestidos, desnudo como lo parió su madre y presentarse en este estado, para escándalo de niñas pudorosas; ingenuo, a veces, como un niño, burlón como un Quevedo, rabiosamente sincero hasta ser cínico, pleno de talento vivaz, agresivo y fiero, idólatra de Bolívar, gran realista, místico con arranques de loco, padre y señor de sus ideas, literato notable, historiador arbitrario. Los estudios psicológicos constituyen—según mi manera de apreciarlo—la base de su inquietanta personalidad. Con ellos, con datos históricos mezclados con talento, ha puesto, después de un siglo de muerto, a vivir al Libertador, humano y sensual, ardiente y conquistador, como lo adoró Manuelita Sáenz.

Para medir las conciencias inventó el concienciámetro y una gradación de ellas que va desde la fisiológica hasta la cósmica, a la cual llegó, a veces, el Libertador y dentro de la cual sólo caben raros ejemplares como Cristo y Gandhi.

IV—La obra

Viaje a Pie.—Sanín Cano, en denso escrito publicado en *El Tiempo*, comentando la obra *Viaje a Pie*, afirma que las mejores obras de la literatura han sido las que describen viajes: La Divina Comedia, el Quijote, los viajes de Marco Polo, etc., y que los antioqueños cuando no pueden hacer uno lo inventan o lo escriben, como en el caso de González.

Verdaderamente rápido, por no decir

prodigioso, como si fuera en uno de esos aviones que en los tiempos presentes recorren distancias imposibles, ha sido el viaje, al través de este y otro continente, realizado por esta obra ingeniosa del filósofo de la Montaña.

Levantar la razón humana en espirales luminosas desde el pequeño suceso de la vida diaria, en prosa regocijada y fuerte, con cierto sabor, a veces acre, cambriano y picaresco; hacer de las cosas que van desfilando ante los ojos contemplativos de los viajeros filósofos, de la grácil Julia, del camino que recorren, del entierro que pasa, del mister y del dinero, del demonio y del páramo del Ruiz, hondos motivos de contemplación y de análisis; poner la cometa multicolor del espíritu a volar al empuje de todos los vientos, asida de la cuerda sutil del espíritu; no perdonar nada, burlarse de todo, arrasar prejuicios, criticar métodos, ridiculizar el *musa, musae* de los sistemas nemotécnicos de los jesuitas, sus maestros, entonar un canto bello a la naturaleza, libre y desnuda, mejor que las creaciones de Fidias o que las sublimes concepciones de Platón, el griego sabio y filósofo, penetrar a las intimidades del amor humano con un criterio realista, sintetizado en fórmulas picantes: he ahí la síntesis, incompleta, de esta obra de Fernando González, dentro de la cual los personajes se mueven, como en todas las suyas, con el espíritu que sabe infundirles su inquieto y atrevido autor.

Mi Simón Bolívar.—Oigamos a González hablando de Bolívar: "Lanzó el dardo de su anhelo más allá de Zarathustra"; "Nadie influyó en él; era un gran centro de conciencia. Llegó a tener no solamente conciencia continental, sino ratos de conciencia cósmica"; "Uno de los elementos de la tragedia bolivariana, Bolívar, en medio de mulatos".

Las citas podrían repetirse hasta copiar el libro, pero las anteriores bastan para demostrar que González tiene de la historia de la libertad americana el concepto emersoniano, el de Carlyle y Nietzsche, de que la historia de la humanidad es la de los grandes hombres.

La inteligencia serena, tranquila y penetrante del autor de *Idola Fori*, en páginas que tienen prestancia de perdurabilidad, ha demostrado cómo se equivocan de plano, por una parte, los propugnadores de la teoría histórica de los hombres-síntesis, de los creadores de conciencias, nacionalidades y pueblos, de aquellos que, al decir de Enrique Ferri, en concreción luminosa, desempeñan el papel de enormes receptores de energía humana que luego irradian sobre la humanidad domeñable, y por otra, los que todo lo atribuyen al poder inconmensurable de las muchedumbres, masa, fermento, humus, sustancia, de todo cuanto hay de perdurable sobre el planeta. Ni lo uno, ni lo otro. La teoría exacta, como generalmente sucede para todo, según la clásica afirmación, está en el tér-